LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

MÉXICO 2000:
LA ELECCIÓN DE LA
ALTERNANCIA

*José Antonio Crespo**

Introducción

El 2 de julio del año 2000 México experimentó por primera vez en toda su historia una alternancia pacífica del poder, lo que implica un hecho simbólico que marca el cambio de régimen, si bien esta transformación no empezó ni terminará ese día. Se trata, más bien, de un proceso muy lento y singular, que se explica a partir de la peculiaridad del régimen priísta. Éste podría calificarse de esencialmente autoritario pero relativamente flexible y ‘benigno’, pues para ejercer y mantener su dominación recurrió en mayor medida que otros autoritarismos a la institucionalidad política (formalmente democrática aunque autoritaria en la práctica) y en mucho menor grado a la represión directa. Un eje explicativo de esta particular transición fue también el carácter hegemónico del sistema de partidos. El partido oficial convivió desde que se fundó en 1929, con partidos opositores legalmente registrados que lucharon durante décadas por mejorar las condiciones de competencia electoral y exigir los espacios políticos que poco a poco fueron ganando. Para mantener este esquema formalmente democrático, fundamental para preservar la legitimidad interna y externa, el régimen priísta se vio obligado a abrirse gradualmente hasta que tocó los linderos de la competitividad electoral y, en esa medida, perdió la capacidad de garantizar su continuidad como tal, es decir,

35

* Investigador del CIDE.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

perdió los controles más importantes: la mayoría en el Congreso en 1997 y la presidencia en el año 2000.

En este largo proceso de transformación política, el cambio de poderes marca la culminación de una primera fase (la sustitución del sistema electoral, de uno no competitivo a otro plenamente competitivo), y el principio de otra, que implicará el cambio de reglas y procedimientos en otros ámbitos de la vida política. El proceso de transición política no ha terminado, pues el nuevo régimen será en buena parte –si todo marcha bien– consecuencia de la alternancia, al permitir el ascenso de una nueva élite política sin compromisos ni complicidades, dispuesta a modificar profundamente las reglas del proceso político en sentido democrático.

36

Cierto es que los gobiernos priístas habían emprendido desde hace años algunos cambios en este mismo sentido pero, fuera del ámbito electoral, dichas transformaciones en realidad habían sido sumamente limitadas. Esto, al grado en el que pudiera pensarse que los subsiguientes cambios en otros espacios podrían haberse realizado también bajo otros gobiernos priístas, pero a un ritmo demasiado lento, que ya no satisfacía las expectativas de la sociedad (o, al menos, de sus sectores más modernos e ilustrados). Es ésta la significación que puede tener la alternancia provocada el 2 de julio, dentro del largo y tortuoso proceso de cambio político en México. Las razones de tan insólito evento pueden clasificarse, *grosso modo*, en estructurales y coyunturales. Las primeras responden al carácter mismo del sistema de partidos, que con el tiempo tendía a agotarse por inercia, ineficacia, corrupción e impunidad propias de todo monopolio político. Las segundas tienen más que ver con las condiciones que se generaron en este proceso en particular que, de no haber sido favorables al cambio, hubieran permitido quizá un nuevo triunfo del PRI, así fuera con un reducido margen de diferencia. El caso es que la alternancia finalmente se registró, lo que merece un intento de explicación. En este artículo tomaremos algunas de las elucidaciones estructurales y coyunturales más importantes para explicar este desenlace, si bien no se agotarán todas las varia-

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

bles que intervinieron en éste que sin duda será un evento definitorio para el desarrollo político de México.

I. La hegemonía partidaria

Una de las características esenciales del régimen priísta, y que explica en buena parte el ritmo y singularidades de la transición mexicana, fue su sistema partidario, generalmente considerado por los teóricos como de tipo ‘hegemónico’. En él, el partido oficial convivió con partidos opositores legalmente registrados, con derecho a competir formalmente en los comicios, a ocupar cargos de elección popular, pero que no ejercieron una influencia decisiva sobre el proceso gubernamental e institucionalmente no tuvieron oportunidad real de acceder al poder presidencial.¹ Se trata también de un partido de Estado como los partidos únicos (de cualquier signo ideológico) porque utiliza el aparato estatal para garantizar su continuidad en el poder en tanto el régimen pueda mantenerse en pie, anulando así la competitividad real frente a la oposición. Pero se diferencia de los sistemas de partido único en que éstos no permiten la existencia legal de partidos opositores, por lo cual mantienen un monopolio del poder no sólo virtual sino total, además de ejercer una represión mayor sobre la disidencia. El partido hegemónico, al permitir la presencia y manifestación política de la disidencia y la oposición, por fuerza debía ser más flexible y tolerante hacia sus críticos y disidentes, tanto en la participación política como en la expresión comunicativa.

37

El origen del partido hegemónico mexicano fue similar al de muchos partidos únicos; una revolución social exitosa. Ello permitió a los vencedores en la lucha revolucionaria disponer de un auténtico monopolio político, así como una fuerte legitimidad inicial derivada de la propia revolución. Pero en México, aunque tales condiciones permitían en principio la instauración de un partido único, como en otros países, la

¹ Cfr. Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, 1980, Madrid, Alianza, p. 278-9.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

evolución histórica del país, así como su situación geopolítica, hicieron prácticamente imposible esa opción, permitiendo tan sólo la existencia de un partido hegemónico, es decir, casi único pero bajo una apariencia democrática, que le imprimió una dinámica distinta a la que se encuentra en los sistemas unipartidarios.² La razón histórica de esta limitación fue la tradición liberal mexicana, que dio lugar tanto a los gobiernos de la República restaurada (1867-1876), como al Porfiriato (1867-1910). El liberalismo político fue también la principal bandera de la revolución de Francisco I. Madero (1910-1911), que dio pie a la lucha revolucionaria que se prolongó hasta 1920. Dicha trayectoria sentó como un fundamento indispensable de la legitimidad política a la democracia político-electoral, pues no podía ser total ni abiertamente desechada.

38

La razón geopolítica de la formalidad democrática era su cercanía con Estados Unidos, considerando que ningún gobierno mexicano había logrado consolidarse sin el reconocimiento norteamericano, y que éste exigía para ello preservar algunas características básicas de la democracia, al menos formalmente. Por lo cual, un régimen de partido único difícilmente hubiera sido aceptado por los estadounidenses, al menos en su frontera sur. Así, si el régimen revolucionario quería el pleno reconocimiento de Estados Unidos para poder consolidarse, tendría que mantener un aspecto democrático, aunque su práctica real no lo fuera en esencia. Y ello exigía la aceptación legal de partidos opositores que pudieran presentar candidatos a los diferentes cargos de elección popular en todos los niveles. Cosa distinta es que esta competencia formalmente democrática se celebrara en condiciones equitativas, de modo que la oposición en realidad pudiera obtener triunfos, o que éstos le fueran reconocidos por el gobierno. Ello no ocurrió sino de manera muy limitada y gradual.

Así, la necesidad de mantener este formato democrático, para no perder una legitimación esencial –tanto en el ámbito interno como

² Cfr. José Antonio Crespo, *¿Tiene futuro el PRI?; entre la supervivencia democrática y la desintegración total*, 1998, México, Grijalbo, cap. III.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

internacional— no sólo obligó a los revolucionarios mexicanos a instaurar un sistema de partido hegemónico en lugar de único, sino también a preservarlo a lo largo de varios años realizando diversas reformas políticas y electorales. Esto desató una dinámica peculiar que obligó a los gobiernos priístas a abrir cada vez más el sistema partidario, es decir, a mejorar gradual pero constantemente las condiciones de competencia, y a aceptar cada vez más triunfos opositores.³ Eso era así, porque de otra manera, los partidos opositores hubieran desaparecido del escenario político, ya fuese por no justificarse la participación en un juego de antemano perdido, o bien por una extrema debilidad electoral, consecuencia de la rigidez misma del régimen. En tal caso, el PRI hubiera quedado como un auténtico partido único, incluso contra su voluntad, perdiendo así la legitimidad democrática necesaria para lograr una aceptación suficiente dentro y fuera del país. Por lo cual, era imprescindible que, conforme pasara el tiempo, el sistema de partidos y electoral fuera aproximándose de manera gradual, pero clara, a uno competitivo y democrático, si bien se trataba también de retrasar tanto como fuera posible ese desenlace, pues al caer en la auténtica competencia, se perdería la garantía de mantener el poder presidencial y legislativo y sus ventajas inherentes. La hegemonía consistía, precisamente, en evitar el carácter de partido único al tiempo de evadir la competencia partidaria real. Y ése fue el camino que durante setenta años consecutivos recorrió el PRI a través de múltiples reformas políticas y electorales, tanto para mantener los estímulos necesarios a la oposición (evitando que abandonara la palestra partidaria), como para retrasar en lo posible el momento en que ésta adquiriera fuerza suficiente para desafiar irremisiblemente al PRI en los niveles más importantes del poder (capitales, gubernaturas, Congreso federal y, finalmente, la presidencia de la República).⁴

39

³ Cfr. Juan Molinar, *El tiempo de la legitimidad; elecciones, autoritarismo y democracia en México*, 1991, México, Cal y Arena.

⁴ Cfr. José Woldenberg (*et al.*) *La mecánica del cambio político en México; elecciones, partidos y reformas*, 2000, México, Cal y Arena.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

De esa forma, si puede concebirse al partido hegemónico como intermedio entre un sistema unipartidista y otro plenamente competitivo,⁵ el equilibrio que ello supone sólo podía lograrse moviéndose de uno a otro, pasar de un sistema relativamente cerrado (parecido al único) a otro relativamente abierto (próximo al competitivo), hasta que, eventualmente, se alcanzaran los linderos de la competitividad partidaria. En tal caso, el partido hegemónico enfrentaría la disyuntiva de dar marcha atrás para no cruzar el umbral de la competitividad democrática (lo que implicaría una regresión autoritaria, que pondría en riesgo la estabilidad política) o bien entrar de lleno al territorio competitivo (lo que suponía sacrificar la garantía del triunfo electoral y, eventualmente, el poder). Ese trayecto en efecto se dio entre 1929 (en que se fundó el PRI) y 1997 (en que la hegemonía se perdió, poniendo en riesgo la victoria del PRI, primero en el Congreso, y después en la presidencia de la República).

40

Es decir, el PRI caminó, a lo largo de casi setenta años, de una posición muy semejante a la del partido único, a otra de competitividad, que lo llevó a sufrir una derrota presidencial en el año 2000. Esto dio lugar a la alternancia que marcó de manera más nítida el cambio de un régimen semi-autoritario de partido hegemónico, a otro que apunta hacia una plena democracia política, multipartidista y claramente competitiva, pero no sólo en lo electoral sino también en otras instancias del proceso político, como se dijo antes.

Este movimiento del PRI se dio de manera constante pero no lineal, pues por momentos hubo retrocesos, principalmente cuando la oposición aparecía como más desafiante (en particular a partir de 1982, cuando la crisis económica de ese año empezó a debilitar al PRI y fortalecer a los partidos opositores). Sin embargo, al trazar la trayectoria general del PRI como partido hegemónico, está claro que empezó en un punto cercano al de un partido único, en 1929, y terminó cruzando los límites de la competitividad en 1997, que tres años más tarde provocaron la alternancia. En ese momento, el PRI se vio orillado

⁵ Cfr. Juan Molinar, "La legitimidad perdida", *Nexos*, n° 164, agosto de 1991.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

por las condiciones políticas a renunciar a cualquier intento de regresión, mediante la plena aceptación del veredicto desfavorable, para lo cual fue decisiva la participación del presidente Ernesto Zedillo aceptando la derrota de su partido, como único medio de salvaguardar la estabilidad económica y política del país. La ascendencia del presidente fue todavía suficiente para conjurar cualquier intento de rebelión o conducta extra-institucional del PRI, y ello evidentemente contribuyó a enfrentar ese trance de manera pacífica y ordenada. Ese momento no pone fin a la transición, pero abona el terreno para que ésta continúe también sobre bases institucionales y civilizadas.⁶ Y aunque no hay todavía garantía de que las siguientes fases de la transición se desenvuelvan por esa vía, la alternancia, y la forma en que se llevó, ayudan a que el proceso de democratización continúe por la ruta de la institucionalidad ordenada y pacífica.

II. El ariete electoral

Desde hace años, la oposición se planteó diversas estrategias para enfrentarse al régimen priísta. Por un lado, la oposición revolucionaria (generalmente de corte marxista) consideraba que en ciertas condiciones podría estallar aquí una nueva revolución, pero ahora ya no de tipo liberal-burguesa, como desde su óptica lo había sido esencialmente la de 1910-1920, sino una proletario-socialista. Muchos comunistas habían colaborado por algunos años con sindicatos oficiales y con el propio régimen revolucionario, con la esperanza de que podría evolucionar (es decir, radicalizarse) hacia uno plenamente socialista. Esa fue la línea seguida, por ejemplo, por Vicente Lombardo Toledano, primer secretario de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM). Pero otros miembros de la izquierda revolucionaria se fueron alejando del régimen priísta, con la intención de crear desde fuera las condiciones propicias para el estallido de una nueva revolución proletaria.

41

⁶ Cfr. José Antonio Crespo, *Fronteras democráticas en México; retos, peculiaridades y comparaciones*, 1999, México, Océano.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

Estos grupos veían con menosprecio y desconfianza la lucha por la democracia partidaria, calificándola, como sus correligionarios europeos del siglo XIX, de ‘burguesa’, es decir, un instrumento político para recrear el capitalismo. Por lo cual, la izquierda revolucionaria se alejó de la lucha electoral durante mucho tiempo, hasta que el fracaso de los intentos revolucionarios (universitarios, sociales o guerrilleros) y la apertura electoral promovida por el gobierno en 1977 la llevaron a modificar su estrategia política, cambiando la vía revolucionaria por la contienda parlamentaria.⁷

El viejo Partido Comunista Mexicano (PCM), nacido en 1919, buscó el registro partidario para contender en los comicios legislativos de 1979, para desde ahí emprender un camino de moderación ideológica y estratégica, así como de unificación con otras fuerzas de izquierda: de ahí surgió primero el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y más tarde el Partido Mexicano Socialista (PMS). Bajo esas siglas contendió la llamada ‘izquierda histórica’ en los comicios de 1985 y 1988, aunque este último año lo hizo formando parte del Frente Democrático Nacional, un grupo de partidos que postuló como candidato común a Cuauhtémoc Cárdenas, que un año antes había abandonado al oficialista Partido Revolucionario Institucional (PRI).

42

Después de la elección presidencial de 1988, que pudo haber sido ganada por Cárdenas, pero quedó en manos priístas tras cometerse un enorme fraude electoral, el PMS decidió refundarse una vez más, asociado al grupo priísta que se había escindido en 1987 con Cárdenas a la cabeza. La fractura del PRI provenía del ala izquierda de ese partido, y por tanto era sumamente moderada en términos ideológicos y estratégicos.⁸ Y dado que la ‘izquierda histórica’ había caminado del radicalismo a la moderación, ambas formaciones pudieron confluír para fundar el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Desde esa nueva formación, la izquierda democrática ha podido conquistar importantes

⁷ Cfr. Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, 1996, México, Era.

⁸ Cfr. Luis Javier Garrido, *La ruptura. La corriente democrática del PRI*, 1993, México, Grijalbo.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

plazas políticas, un número considerable de municipios, múltiples diputados locales y federales, así como senadores y algunos gobiernos locales (entre los que destaca el de la ciudad de México, desde 1997).

Por su parte, la oposición democrática u ‘oposición leal’ (entre la que destacó el Partido Acción Nacional, el PAN, fundado en 1939), decidió desde el principio recorrer un camino que se percibía sumamente difícil para transformar el régimen: aprovechar los escasos espacios políticos concedidos para, desde ahí, impulsar mejores condiciones de competencia electoral y fortalecer los mecanismos democráticos de rendición de cuentas. Este esfuerzo que podría percibirse como titánico, cuando no romántico, fue calificado por el fundador del PAN, Manuel Gómez Morín, como una ‘brega de eternidades’. Tal estrategia de cambio gradual y parlamentaria, surgió a partir de la creencia de que la vía revolucionaria estaba clausurada para lograr una transformación del régimen, y de la convicción de que la democracia sólo puede ser consecuencia de una ruta pacífica de cambio. Por lo cual, el PAN se empeñó en aprovechar todo resquicio electoral que, por necesidad política, abrió el régimen, para desde ahí pugnar por nuevas reformas políticas que aproximaran al país a la democracia.⁹ También, emprendió una tenaz labor de concienciación democrática de la ciudadanía, para así socavar la legitimidad revolucionaria del régimen y, con ello, orillararlo a buscar a través de una apertura real una nueva legitimación democrática (empresa que Gómez Morín llamó ‘movilizar las almas’).

El avance electoral se fue dando poco a poco, tanto en materia electoral (equidad y competitividad) como en la aceptación de triunfos opositores (competencia).¹⁰ El monopolio del PRI dominó durante setenta años, en que ganó absolutamente todos los cargos de elección popular. Sólo en 1946 (diecisiete después de su fundación) perdió una alcaldía y cuatro diputados federales, todos a manos del PAN. En 1958, el

43

⁹ Cfr. Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994; Oposición leal y partido de protesta*, 1999, México, FCE.

¹⁰ Cfr. Alonso Lujambio, *El poder compartido: un ensayo sobre la democratización mexicana*, México, Océano.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

44

partido oficial perdió la primera capital de un estado (San Luis Potosí), casi treinta años después de haber nacido. Más adelante, en 1988, perdió por primera vez, en los casi sesenta años de vida, cuatro senadurías y la mayoría necesaria para modificar la constitución en la Cámara baja del Congreso federal. En 1989, el Gobierno federal reconoció por primera vez una victoria opositora en el nivel de gubernatura (en Baja California) justamente a sesenta años de haber nacido. Años más tarde, en 1997, el PRI perdió la capital de la República, cuando por primera vez desde 1927 (es decir, setenta años más tarde) se sometió el gobierno capitalino a la elección directa de la ciudadanía (que hasta 1997 era designado por el presidente en turno). También en ese mismo año, el PRI perdió por primera vez la mayoría absoluta en la Cámara baja. La pérdida de la mayoría absoluta de la diputación nacional (así como el control de la autoridad electoral, el año previo a los comicios) marcó el fin de la hegemonía del PRI, si bien continuó siendo el partido mayoritario.¹¹ A partir de entonces, la lógica partidista y legislativa se aproximó claramente a la que puede encontrarse en cualquier país democrático (particularmente en aquellos de partido dominante, como Japón o Suecia).¹² Finalmente, en el año 2000, el PRI perdió por primera vez en su historia la presidencia de la República y la mayoría absoluta en el senado, lo cual marcó el fin definitivo del sistema de partido hegemónico, así como el principio de un régimen democrático, si bien, como se dijo, el cambio profundo está por realizarse y consolidarse.

¹¹ Cfr. José Antonio Crespo, “El fin de la liberalización política en México”, en César Cansino (coord.), *Después del PRI; las elecciones de 1997 y los escenarios de la transición en México*, 1998, México, Centro de Estudios de Política Comparada.

¹² Cfr. T. J. Pempel (comp.), *Democracias diferentes; los regímenes con un partido dominante*, 1991, México, FCE.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

III. El proceso electoral del año 2000

Sin duda alguna, la derrota del PRI debe explicarse por su agotamiento en el poder, y su propia crisis de continuidad histórica (como la que han enfrentado otros partidos monopólicos en el resto del mundo). Dicha crisis de continuidad, percibida desde 1968 por Samuel Huntington, tarde o temprano llevaría al PRI, como a otros partidos de Estado, a enfrentar una disyuntiva: finalizar el largo proceso de apertura gradual, a través de un golpe de fuerza (que hubiera implicado una regresión autoritaria), o aceptar un grado suficiente de competitividad electoral, lo que suponía el riesgo (cada vez mayor) de perder el poder.¹³ Las condiciones políticas facilitaron el segundo escenario (al menos hasta ahora). Pero ya desde 1997, cuando el PRI perdió en lo fundamental su hegemonía, se empezó a considerar con mayor seriedad la probabilidad de su derrota presidencial,¹⁴ si bien pocos priístas hicieron lo propio (la mayoría no contempló que la hora de la derrota se había aproximado de manera alarmante).¹⁵

Pero también debe incluirse en la explicación de este desenlace condiciones más coyunturales, específicas del proceso electoral del año 2000, pues nada cancelaba tampoco en esa ocasión la posibilidad de que el PRI, una vez más –y así fuera por un margen estrecho– pudiera volver a ganar a sus opositores. El terreno de la competitividad en lo fundamental estaba preparado, a partir de la reforma electoral de 1996 (culminación esencialmente democrática de una larga serie de reformas previas que no habían terminado por cruzar el umbral de la competi-

45

¹³ Cfr. Samuel Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*, 1968, Buenos Aires, Paidós.

¹⁴ Cfr. José Antonio Crespo, *¿Tiene futuro el PRI?*, op. cit.; Gabriel Zaid, *Adiós al PRI*, 1995, México, Océano; Enrique Krauze, *Tiempo contado*, 1996, México, Océano.

¹⁵ Cfr. Una de las pocas excepciones fue Samuel Palma, dirigente del PRI, quien acepta esa posibilidad en su libro, *La competencia política*, 1998, México, Rayuela.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

vidad). El resultado de 1997, en el que el PRI perdió por unos cuantos puntos porcentuales la mayoría absoluta de la Cámara baja, demostró que en efecto el gobierno y su partido habían perdido la capacidad para revertir un veredicto electoral que fuera desfavorable, así como la disposición del presidente Zedillo a aceptar los triunfos de la oposición ahí donde los hubiera. En términos estrictos, se daba con ello un paso más firme a la competitividad electoral.¹⁶ La reforma eliminaba la garantía histórica de una nueva victoria priísta, pero no implicaba por fuerza su derrota. Ello dependería de los movimientos concretos y eficacia electoral tanto del PRI como de sus opositores. Desde luego, son muchas las variables que podrían incluirse en un análisis detallado para comprender cabalmente el proceso electoral del año 2000 y explicar su desenlace, aquí sólo consideraremos algunas de las más pertinentes (que no agotan la explicación).

46

Sucesión adelantada. El mismo día de la elección legislativa de 1997, el gobernador de Guanajuato, Vicente Fox, anunció su decisión de buscar la candidatura presidencial por su partido, Acción Nacional, adelantando los tiempos tradicionales de la sucesión presidencial. En la lógica del partido hegemónico, mientras más tarde surgiera el candidato del PRI (hasta 1994, el seguro ganador) menos riesgos había de división en la élite gubernamental, por lo cual dicho anuncio se hacía muy pocos días antes de que las campañas electorales dieran formal inicio. Curiosamente, y sin que hubiera una razón muy clara, los partidos opositores se ajustaban a ese ritmo. Pero ahora, el gobernador Fox, que no era bien visto por la dirigencia de su partido, tomó la decisión de lanzar una muy temprana 'precampaña', como la mejor vía para conquistar la candidatura dentro de su partido. De haber esperado los tiempos habituales, quizá no hubiera podido congregarse el respaldo ciudadano como para ser considerado seriamente por sus diri-

¹⁶ Cfr. Adam Przeworski, *Democracy and the Market: Political and Economic Reform in Eastern Europe and Latin America*, 1991, Cambridge University Press.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

gentes (Fox ingresó al PAN apenas en 1988, como diputado federal, por lo cual no era considerado como un panista tradicional).

En 1997 se perfiló la candidatura presidencial del PRD, pues su líder histórico, Cuauhtémoc Cárdenas, ganó el gobierno de la capital, reconstituyéndose políticamente después de la segunda derrota en una contienda presidencial (1994). Esta victoria capitalina lo rehabilitó para un tercer intento, que no anunció hasta mucho más tarde. De cualquier forma, un observador medianamente informado podría percatarse de que el PRD tenía ya decidido su candidato desde esa fecha. El hecho de que ya hubiera al menos un ‘precandidato’ fuerte en los principales partidos opositores, generó una presión sobre el PRI para que se fueran manejando algunos nombres de su posible candidato presidencial, pues de respetar aún los tiempos tradicionales, el abanderado priísta llevaría la desventaja de que los opositores se hubieran hecho más conocidos y aumentado su capacidad de captar votos.

Por todo ello, algunas de las figuras más importantes del PRI, fuera del círculo presidencial, poco a poco fueron dando a conocer su intención de ser nominados como candidatos presidenciales, con lo cual rompían una regla no escrita del sistema (como lo había hecho Cárdenas en 1987, antes de abandonar al PRI). Esto ponía en riesgo, una vez más, la integridad del partido del gobierno, y una nueva fisura dentro hubiera significado su segura derrota; su unidad no era garantía de victoria, pero sí un requisito indispensable para poder contender con alguna posibilidad mínima de triunfo. Dado que la disciplina del partido se había roto en 1987 de manera impune (a diferencia de lo ocurrido en fisuras previas del partido, en 1940, 1946 y 1952), no había nada que impidiera que una vez más algunos grupos o corrientes dentro del PRI pudieran abandonar el partido en caso de no permitírseles contender por la candidatura presidencial. Es decir, en tales condiciones, de haberse recurrido una vez más al mecanismo usual para designar al candidato priísta (a través de una designación unilateral del presidente en turno), es más que probable que el partido se hubiera fracturado de nueva cuenta (lo cual resistió con gran dificultad en 1987).

JOSÉ ANTONIO CRESPO

48 | Lo anterior empujó a la cúpula priísta –incluido el jefe nato del partido, el presidente– a explorar un nuevo procedimiento más democrático –al menos formalmente– para designar al candidato presidencial. Se inició en algunos estados la práctica de someter la candidatura a gobernador a toda la ciudadanía a través de una elección primaria abierta. El experimento resultó exitoso en la mayoría de los casos, pues en donde se intentó una imposición tradicional el partido perdió la elección, mientras que donde se celebró una primaria interna casi siempre se evitaron fisuras y se ganaron los comicios. Se determinó que quienes aspiraran a la candidatura renunciaran a los cargos que por entonces ocuparan, para no obtener de ellos ventaja alguna. Eso no había ocurrido desde la sucesión presidencial de 1940. Surgieron así cuatro precandidatos, pero sólo uno de ellos procedió del círculo presidencial, lo que permitía considerarlo como el favorito del presidente (o precandidato ‘oficial’). Se trataba de Francisco Labastida que fungía hasta entonces como secretario de Gobernación. Esto provocó como consecuencia la suspicacia de los demás precandidatos de que el aparato partidista se volcara en favor de Labastida. Algo de ello hubo, según denuncias de los propios contendientes, pero lo que al parecer siguió funcionando al estilo tradicional fue la cultura de la ‘línea’ (es decir, la tradición de respaldar a quien era percibido como favorito presidencial, independientemente de sus virtudes políticas o su capacidad real para ganar una contienda).¹⁷

El riesgo de una nueva escisión volvió a cernirse sobre el partido pues, al no asegurarse la igualdad en la elección, las probabilidades de inconformidad y ruptura se elevaban. Al final no se produjo dicha fisura, y la disciplina se mantuvo por razones de cálculo político de los perdedores formales. De cualquier manera, la práctica de la ‘línea’ tuvo al menos dos consecuencias negativas para el partido: a) se eligió a un candidato que desde la primaria misma se percibía débil, con pocas aptitudes para captar la atención pública, y con un discurso flojo

¹⁷ Cfr. José Antonio Crespo, “El *modus operandi* de la línea”, *Bucareli Ocho*, n° 124, 21 de noviembre de 1999.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

y poco convincente. Ello no significa que de haber nominado el PRI como su abanderado a alguno de los otros contendientes, como el gobernador de Tabasco, Roberto Madrazo (el ‘retador’ más fuerte de Labastida), el partido hubiera ganado la elección presidencial; simplemente implica que los demás precandidatos tenían un mejor manejo de imagen, de oratoria, de discurso, todo lo cual cuenta en una campaña particularmente competida; b) el enojo de quien quedó en segundo lugar, Roberto Madrazo (a quien se atribuyó 3 millones y medio de sufragios, de un total de poco menos de 10 millones) se tradujo, según cálculos poselectorales, en que buena parte de sus simpatizantes (unos 800 mil) no votara por Labastida durante la elección presidencial.¹⁸ Es decir, la elección primaria no provocó la temida fisura, pero sí generó cierto grado de descontento e inconformidad dentro de las filas priístas. Ésta no puede atribuirse como la única o principal causa coyuntural de la derrota del PRI, pero considérese que en una contienda cerrada cada voto puede ser fundamental para decidir el resultado.

Coalición opositora y elección plebiscitaria. Antes de 1988 la competencia partidista en realidad era muy baja.¹⁹ Probablemente el PRI podría ganar por sí mismo y de manera legítima, aunque no con los porcentajes que aparecían en las cifras oficiales. En 1988, los efectos de la crisis económica de seis años antes, así como la ruptura del PRI ocurrida en 1987, provocó el inusitado fortalecimiento de la oposición, tal como se mencionó antes. A partir de entonces, la oposición en general se convirtió en un auténtico desafío a la dominación del PRI. Sin embargo, el partido oficial gozó por algún tiempo de una de las ventajas compartidas con otros partidos democráticos dominantes, como el japonés y el sueco, como es la división de la oposición, con lo cual incluso con una votación menor a la mayoría absoluta pueden

49

¹⁸ Cfr. Carlos Flores Rico, *Un perro y un poste; cómo perder la presidencia sin morir en el intento*, 2000, México, Océano.

¹⁹ Cfr. Juan Molinar y Alberto Aziz, “Los resultados electorales”, en Pablo González Casanova (coord.), *Segundo informe sobre la democracia; México el 6 de Julio de 1988*, 1990, México, Siglo XXI.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

permanecer en el poder, porque el voto en su contra, aunque mayoritario, se fragmenta entre varios partidos opositores.²⁰ Así, la mayoría de las entidades en las que el PRI perdió una gubernatura eran bipartidistas, de modo que la gran mayoría del voto antipriísta se concentraba en un solo partido opositor, mientras que en entidades tripartidistas la dificultad para derrotar al PRI era mayor (así ocurrió en Michoacán en 1995, y era el panorama nacional en 1994 y 1997).

Por lo mismo, los principales partidos de oposición, el PAN y el PRD, consideraban bastante difícil derrotar por sí mismos al PRI. Así, en 1997 un grupo de políticos y escritores intentaron forjar una coalición entre ambos partidos para evitar que el PRI ganara nuevamente la mayoría absoluta de la Cámara baja. Ese esfuerzo fracasó y, sin embargo, el PRI no alcanzó el porcentaje exigido por la ley para obtener la mayoría absoluta. No obstante la votación hubiera sido suficiente para ganar la presidencia, en caso de que ésta hubiera estado en disputa, pues pese a haber obtenido sólo el 39% del sufragio, la distancia respecto de su más cercano seguidor fue de 13 puntos porcentuales, debido a que el resto de los votos se dividió casi por mitades entre el PAN y el PRD. Es a partir de ese resultado que los partidos opositores se plantearon una vez más, en 1999, la posibilidad de formar una coalición contra el PRI. En ese año, y durante varios meses, los equipos de la oposición intentaron –al menos aparentemente– formar la alianza, pero una vez más, el proyecto se malogró. No obstante que, según varias encuestas, cerca del 60% del electorado deseaba que se concretara dicha coalición (lo que explica que buena parte de ese 60% votara después por el candidato que podría derrotar al PRI, 43%).

Los promotores de la coalición insistieron en que ésa era la única vía para vencer al PRI, dado que las cifras de 1997 así lo sugerían y otros dos escenarios indicaban que el partido gubernamental podía perder. El primero de ellos consistía en una fractura interna derivada de una inconformidad de los perdedores de la elección primaria para designar a su abanderado presidencial (que tuvo lugar en noviembre de

50

²⁰ Cfr. T. J. Pempel, *Democracias diferentes...*, op. cit.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

1999). Ello no ocurrió finalmente, como se dijo antes, lo que mantuvo al PRI con posibilidades reales de obtener una nueva victoria presidencial. El segundo escenario de derrota del PRI consistía en que la ciudadanía percibiera la elección como un plebiscito para decidir una nueva reelección del partido en la presidencia o su remoción.

Aunque los candidatos de los dos partidos opositores se presentaran por separado, el electorado opositor podría sufragar mayoritariamente por el candidato opositor más fuerte, el que más se acercara en las encuestas al candidato oficial, para así lograr la alternancia partidista. Así lo percibió Porfirio Muñoz Ledo en 1997, entonces coordinador de la bancada perredista en la Cámara baja: “(Para el año 2000) el PRI habrá bajado tanto que no va a haber la tentación de unir a las oposiciones; cualquiera de las dos (PAN o PRD) le puede ganar al PRI.”²¹

En efecto, cuando se anunció el fracaso de la coalición, y se constató que la unidad priísta se mantendría, se entendió que la probabilidad de un nuevo triunfo del PRI se elevaba (la intención del voto a fines de 1999 marcó al candidato priísta con aproximadamente quince puntos porcentuales por arriba de su adversario más cercano, Vicente Fox). Sin embargo, pocas semanas después volvió a descender la intención del voto, y hacia marzo del 2000 la mayoría de los sondeos empezaron a mostrar un ‘empate técnico’ entre el candidato priísta y el panista, así como un lejano tercer lugar para el perredista, Cuauhtémoc Cárdenas. A partir de entonces, empezó a cobrar sentido el ‘voto útil’ a favor de Fox, es decir, el de aquellos que desde la izquierda tuvieran como prioridad la derrota del PRI, a veces con la modalidad de ‘voto diferenciado’: Fox para presidente y el PRD en el resto de los cargos en disputa.

Fox presentó justamente su campaña como plebiscito a favor o en contra del PRI, aclarando que el elector que quisiera un cambio sustancial en la política mexicana, no debía evaluar a los candidatos (incluso a él mismo) como si estuviera en una democracia, pues no era el caso, sino ponderar cuál de ellos presentaba la posibilidad real de provocar

51

²¹ Entrevista concedida al *Excélsior*, 10 de octubre de 1997.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

la alternancia. Lógicamente, los otros candidatos veían en el voto útil una amenaza (Labastida porque podría ser derrotado por esa vía, y Cárdenas porque todavía alimentaba la fantasía de ganar la presidencia, y porque el sufragio para su partido en el Congreso podría verse sumamente mermado). En consecuencia, priístas y perredistas intentaron satanizar el voto útil como ideológicamente incongruente, si bien en distintos momentos tanto Cárdenas como el PRI fueron beneficiados con el mismo (Cárdenas en 1988 y 1997) y el PRI desde décadas atrás, emitido como ‘voto por la estabilidad’ o ‘voto del miedo’. Al ser ahora contrario a sus respectivas causas, lo desautorizaron moralmente, pero su empeño fue inútil. De alguna forma, la coalición que no lograron (o no quisieron) concretar las cúpulas del PAN y del PRD, la hicieron por su cuenta los electores que tenían como prioridad la remoción del PRI del poder, independientemente de su orientación ideológica o simpatía partidista.

52

Se trató de un fenómeno sumamente parecido al que encabezó Cárdenas en la ciudad de México en 1997, cuando su posibilidad de derrotar al PRI aglutinó a la mayoría del electorado, que incluso antes había manifestado su preferencia por el PAN. Cuando este partido designó a un candidato impopular, los ciudadanos se inclinaron por Cárdenas como la figura que podía vencer al PRI en la capital. Siendo ésta una entidad esencialmente tripartidista, durante ese proceso mostró un bipartidismo *de facto*. Y era en un escenario esencialmente bipartidista donde el PRI había mostrado su fragilidad. El bipartidismo *de facto* también se dio durante la campaña presidencial del 2000, cuando uno de los candidatos opositores, Vicente Fox, se acercó lo suficiente al PRI como para proyectar la posibilidad real de derrotarlo, lo cual fue decisivo dado que la oposición contendió dividida. Precisamente por ello, el PRI y sus aliados en los medios intentaron realzar la figura de Cárdenas, cuando llevaban doce años consecutivos golpeándola duramente. Ahora era importante para el PRI que el candidato del PRD levantara mayor votación de la que aparecía en las encuestas, pues sólo así se dividiría el voto opositor de manera suficiente para permitir un

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

nuevo triunfo priísta, así fuera por mayoría relativa y por poco margen de diferencia. Al respecto, Fox declaró:

Yo espero que Cárdenas no se trague el anzuelo, aunque parece habérselo tragado ya. Pero espero que los que nos ven en la televisión, los que nos escuchan en la radio y los que nos leen en los periódicos no se vayan con la finta. Que no dividan este voto del deseo del cambio y que pongan su voto a favor del candidato con reales posibilidades de ganar la presidencia de la República.²²

Pero Cárdenas se prestó al juego priísta sumándose, además, a la campaña de desprestigio contra Fox. Una de sus muchas declaraciones fue la siguiente:

No podemos irnos por la puerta falsa de salida de una candidatura sustentada en la mentira, la improvisación, la inestabilidad emocional y la mercadotecnia como método de gobierno, un voto por una aventura autoritaria, personalista y retrógrada. No podemos ir de la mentira a la mentira.²³

53

Las razones de esa postura son controvertidas; hay quienes piensan que Cárdenas actuó de esa manera estrictamente por razones ideológicas, pensando que el PAN era peor opción que el PRI (por su conservadurismo económico y cultural); pero en tal caso habría contradicción dado que realizó una coalición con el PAN (por la que se llegó a acuerdos programáticos), además de albergar en su propia alianza a un partido de nuevo registro, Alianza Social, heredero del sinarquismo mexicano y, por tanto, más conservador que el mismo PAN. Otros consideraron que Cárdenas no aceptaba de buena gana que el esfuerzo por él iniciado en 1988 fuera cosechado por otro líder opositor. El empeño de Cárdenas por evitar que Fox triunfara en los comicios presidenciales fracasó.

²² *Crónica*, 16 de marzo de 2000.

²³ *La Jornada*, 8 de junio de 2000.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

Muchos de sus simpatizantes y seguidores decidieron hacer una coalición informal con Fox para remover al PRI de la presidencia, después de 71 años de dominación hegemónica.

IV. Resultados electorales

Para sorpresa de casi todos, empezando por los priístas, el candidato panista obtuvo la mayoría del sufragio, siete puntos porcentuales por encima del candidato del PRI. Fox obtuvo cerca del 44% de la votación, Francisco Labastida el 37% y Cuauhtémoc Cárdenas el 17%. Una derrota del PRI no estaba enteramente descartada, pues las tendencias electorales apuntaban a una votación que ya no garantizaba una nueva victoria, como ilustra la gráfica 1.

De estas tendencias podía inferirse que en el año 2000, el partido gubernamental obtendría algo menos que el 39% captado en 1997, es decir, entre 35 y 37% (obtuvo de hecho el 36%), porcentaje con el cual ya no resultaría sencillo ganar, dado que alguno de los candidatos opositores podría alcanzarlo y con el ‘voto útil’ derrotarlo, como ocurrió.

54

La sorpresa estuvo no sólo en que el candidato opositor ganara, sino sobre todo en el margen con que lo hizo, lo que facilitó que tanto el presidente Ernesto Zedillo como el candidato priísta Francisco Labastida lo aceptaran sin cuestionarlo. Aunque varias encuestas habían pronosticado un resultado semejante,²⁴ muchas fallaron de manera ostensible e involuntaria,²⁵ mientras otras fueron deliberadamente manipuladas por el PRI o medios afines a él. Tales maniobras lograron confundir tanto a la opinión pública como a los propios partidos, de

²⁴ Los investigadores Enrique Alduncin, María de las Heras, y José Barbe-rán (que levantó la encuesta interna del PRD) vaticinaban un triunfo de Fox con márgenes del 6 al 10%.

²⁵ En particular, la encuesta del diario *Reforma*, que hasta entonces gozaba de gran prestigio, se equivocó por un margen del 10% de la votación.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

Gráfica 1
Tendencia electoral del PRI

modo que nadie tenía claridad respecto de quién podría ganar y con qué margen.

55

Todas las encuestas indicaban que ganara quien ganara lo haría por un margen muy estrecho, situación por la que el segundo lugar difícilmente aceptaría el veredicto sin más, lo que podría acarrear turbulencia en las calles, poniendo en riesgo la estabilidad económica e incluso la política, del país.²⁶ En particular, un triunfo cerrado del candidato priísta se hubiera prestado a sospechas, dado que durante las semanas previas habían abundado denuncias sobre operativos de compra e inducción del voto en diferentes puntos del país y en diversos sectores de la población. De haber ganado Labastida por un margen, digamos, de tres puntos porcentuales o menos, la protesta foxista hubiera sido una

²⁶ Cfr. José Antonio Crespo, *Los riesgos de la sucesión presidencial; actores e instituciones rumbo al 2000*, 1999, México, Centro de Estudios de Política Comparada.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

inevitable consecuencia. El desenlace de tal escenario de protesta e impugnación era impredecible, pero todos coincidían en que sería problemático para el país en su conjunto. Existía también la duda sobre lo que haría el PRI en caso de ser derrotado. La experiencia de 1988 –cuando el PRI recurrió a todo fraude concebible para evitar su derrota– pesaba aún en la memoria colectiva. En torno a aquella elección, Jorge G. Castañeda, colaborador cercano de Fox en el año 2000, había escrito:

Ni es cierto que todas las fuerzas políticas compiten libre y equitativamente por el poder, ni existen razones para pensar que si el PRI llegara a perder una elección en la que estuviera en juego el poder político real –que en el sistema político mexicano es uno: la Presidencia– aceptaría su derrota y abandonaría el poder.²⁷

56 | Por lo mismo, en el equipo de campaña de Fox se empezó a hablar semanas antes de la elección sobre la eventualidad de un ‘Plan B’ por parte del PRI, para dar marcha atrás a una posible derrota por cualquier medio. Sin embargo, además de que ya no existían mecanismos institucionales para revertir un resultado desfavorable –ahora en manos de una autoridad electoral autónoma y equilibrada internamente–, había algo que el presidente Zedillo debía cuidar independientemente del resultado electoral: su proyecto de gobierno, la estabilidad política y económica del país y su imagen histórica. Eso llevaba a pensar que incluso un triunfo opositor sería reconocido por el presidente, menos por su convicción democrática que por una elemental racionalidad personal y de gobierno. Curiosamente, en marzo del 2000 se había registrado en Taiwán la derrota del oficial Kuo-Ming-tang (el Partido Nacionalista), que había gobernado por cincuenta años consecutiva-

²⁷ Jorge G. Castañeda, “Las perspectivas de la transición mexicana”, en González Casanova (coord.), *Segundo informe sobre la democracia...*, op. cit., p. 177.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

mente, sin que se registrara violencia. A ello contribuyó la racionalidad del presidente de la isla, la institucionalidad del ejército, y la presión internacional para que no se pusiera en riesgo la estabilidad política; es decir, tres variables que también se presentaban en México. Lo que llevaba a suponer que de ganar Fox se reproduciría aquí un comportamiento similar.²⁸

Como hemos señalado, el triunfo de Fox se dio por un margen respetable, lo que facilitó que, en efecto, el presidente Zedillo reconociera de inmediato ese veredicto, conjurando cualquier posible protesta por parte de los priístas. A las once y cuarto de la noche, apareció el presidente en las televisoras nacionales, declarando:

Hoy hemos podido comprobar que la nuestra es ya una democracia madura, con instituciones sólidas y confiables, y especialmente con una ciudadanía de gran conciencia y responsabilidad cívicas... Hace un momento me he comunicado telefónicamente con el licenciado Vicente Fox para expresarle mi sincera felicitación por su triunfo electoral, así como para manifestarle la absoluta disposición del Gobierno que presido, a fin de colaborar, desde ahora y hasta el próximo primero de diciembre, en todos los aspectos que sean importantes para el buen inicio de la próxima Administración Federal.

57

Se dio pues una ‘alternancia de terciopelo’ que no puede desvincularse de los resultados concretos de la elección (en particular, la diferencia entre el primero y el segundo lugar). De cualquier manera, el resultado tomó desprevenidos a los priístas, que creyeron ciegamente en que el carácter invicto de su partido lo hacía invencible. Rodolfo Echeverría, dirigente renovador el PRI, declaró al respecto: “Por desgracia, no estábamos preparados para la derrota.”²⁹ No obstante, el esce-

²⁸ Cfr. José Antonio Crespo, “El dinosaurio y el dragón: el PRI mexicano y el Kuo-Ming-tang taiwanés”, *Este País*, n° 112, julio de 2000.

²⁹ Entrevista en *Bucareli Ocho*, 13 de agosto de 2000.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

nario de una derrota electoral se pudo proyectar incluso antes de la campaña misma, en virtud de la tendencia electoral que las cifras oficiales proyectaban hacia el año 2000, registrándose, desde luego, el voto diferenciado que tanto temía el PRI y el PRD. La singularidad del fenómeno en los comicios mexicanos, confirma el carácter plebiscitario de esta elección. Cerca de un millón y medio de votos captó Fox por encima de los diputados de la Alianza que él encabezó, (de los cuales cerca de 800 mil provenían de perredistas, pues ésa es la cifra que obtuvo de menos Cárdenas). Ello dio como resultado una distribución sumamente diferenciada del poder, de tal modo que el PAN contará con aproximadamente 42% de las diputaciones federales (210 de un total de quinientas), cifra similar a la que tendrá el PRI, en tanto que el PRD quedará con sólo 53 diputados, es decir, poco más del 10% de los escaños (siendo que en 1997 detentaba el 25%); el resto de los diputados quedará distribuido entre los pequeños partidos que formaron parte de las dos coaliciones opositoras. Ello implica que el próximo gobierno tiene por delante un fuerte trabajo de negociación parlamentaria para sacar adelante sus iniciativas y concretar sus reformas.

58

Finalmente, cabe evaluar la estructura del voto priísta, pues puede también aportar elementos de explicación a su derrota presidencial. Hace ya varios años, cuando empezaron a florecer los estudios de sociología electoral en México, se pudo proyectar una tendencia de mediano plazo, según la cual el voto priísta estaba cada vez más asociado –aunque no exclusivamente– a los sectores sociales tradicionales y desfavorecidos: campesinos, iletrados, de escasa escolaridad y bajos ingresos. Los indicadores de la modernización social –urbanismo, escolaridad, ascenso social y prosperidad económica– se fueron asociando con claridad al voto opositor, lo mismo entre los estados como al interior de cada uno de ellos.³⁰ El paradigma del electorado antipriísta fue la capital –donde por décadas el PRI obtuvo los resultados más bajos– y los

³⁰ José Luis Reyna, “Control político, estabilidad y desarrollo en México”, *Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos*, n° 3, El Colegio de México, 1979.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

progresistas estados del norte (cuyas gubernaturas fueron las primeras que perdió). Resultados que justificaron algo dicho hace años: “Donde se acaba el pavimento, termina la presencia de la oposición”.³¹ Las razones de esta tendencia son claras; los sectores más modernizados y más pudientes están mejor pertrechados social y económicamente para resistir presiones corporativas. Tampoco tienen necesidad de vender su voto por una bicicleta o un par de pollos rostizados. Puesto que la cultura tradicional está inherentemente vinculada al autoritarismo (en cualquiera de sus variantes) y la cultura moderna, a la democracia, se sostenía la tesis que conforme se modernizara la sociedad mexicana, el PRI tendría menor votación y, eventualmente, perdería los comicios presidenciales. Así ocurrió. Así tenía que ocurrir.

De hecho, los partidos revolucionarios que, aprovechando su condición centralizadora y monopólica, emprendieron la modernización de sus sociedades enfrentaron un dilema histórico similar al de los monarcas modernizadores de los siglos XVII y XVIII. La modernización social, fundamento de su fortaleza en una primera etapa, socava las bases de su autoridad en las siguientes, por lo cual llegará el momento en que el respaldo de los sectores modernos, creación y beneficiarios de la política modernizadora del monarca ilustrado –o del partido revolucionario– les será retirado. Al modernizar la sociedad que gobiernan, los poderes centralizados –sean monarcas ilustrados, dictadores modernizadores o partidos revolucionarios– cavan su propia tumba.³² En el México del PRI, dicha tendencia histórica no se cumplió de manera automática ni lineal. Por cierto, no siempre ni bajo cualquier circunstancia el voto tradicional estaba con el PRI ni el moderno con la oposición. Esto es así porque ni el voto tradicional ni el moderno están prioritariamente asociados con valores sino con los intereses del elector, y mientras el régimen priísta benefició a algunos sectores modernos,

59

³¹ Cfr. Rogelio Ramos Oranday, “Oposición y abstencionismo en las elecciones presidenciales, 1964-1982”, en Pablo González Casanova (coord.), *Las elecciones en México; evolución y perspectivas*, México, Siglo XXI, 1985.

³² Cfr. Huntington, *op. cit.*

JOSÉ ANTONIO CRESPO

éstos lo respaldaron. Por otro lado, el voto tradicional y pobre en ciertas circunstancias empezó a apoyar a la oposición. Así, aunque en la elección de 1988 –primer descalabro importante del PRI y ‘foco rojo’ que ese partido no atendió debidamente– el candidato modernizador, Salinas de Gortari, respaldó su votación oficial mayoritariamente en el campo, una buena cantidad de campesinos sufragó por Cuauhtémoc Cárdenas, en tanto que encumbrados empresarios y miembros de la clase ilustrada hacía una defensa a ultranza del PRI y su candidato. No se veía en esa ocasión de manera inequívoca el comportamiento voto tradicional = autoritarismo, ni voto moderno = democracia, por más que las tendencias generales siguieran marcando un triunfo mayoritario del PRI en las zonas rurales, y mayoritario para la oposición en las zonas urbanas.³³

60

Por eso mismo, aunque muchos declararon entonces que la cultura democrática se había instalado ya en el país, y que el voto tricolor empezaría a disminuir rápida e irremediablemente, en los comicios legislativos de 1991, en virtud de una aparente recuperación económica, el sector moderno devolvió su voto al PRI (que alcanzó el 64% del sufragio efectivo). Y justamente en muchas de las catorce ciudades más importantes del país donde el PRI había sido abatido en 1988, su tasa de recuperación electoral fue del 72%, 25 puntos por encima del promedio nacional. En particular en Morelia, dicha tasa fue del 273%; y en la ciudad de México más modesta, del 92%, pero asimismo significativa, dado el carácter tradicionalmente antipriísta de esta plaza. En 1994 la votación del PRI –si bien menor que tres años atrás– también fue suficiente para darle un triunfo holgado (aunque ya no fuera de corte ‘soviético’, como en los viejos tiempos). Entonces las interpretaciones sobre el comportamiento electoral de los mexicanos dieron un giro de 180 grados respecto de las que se habían elaborado en 1988. De nuevo, prevalecía la idea de que la cultura política era todavía del tipo sumiso, pasivo, coherente con una sociedad tradicional, lo que

³³ Molinar y Aziz, “Los resultados electorales”, *op. cit.*

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

entraba en aparente contradicción con varias décadas de fuerte modernización social y urbanización del país.³⁴

La reciente elección revive la tesis original (aunque ya con matices), según la cual el voto tradicional y añejo se identifica con el PRI, en tanto que el voto moderno, ilustrado, urbano y joven, le ha dado decisivamente la espalda. Los datos de las encuestas preelectorales y de salida publicados por *Reforma* permiten hacer una radiografía preliminar del voto tricolor en esta elección.³⁵ Al considerar la escolaridad –variable que ha sido considerada como fundamental en el comportamiento electoral– el 42% de los votantes se ubicaban con primaria o menos años de instrucción. El votante priísta provino de este segmento de baja escolaridad en 54%, mientras que el que lo hizo por Fox en 31%. Por contraparte, electores con educación superior conformaron en 20% el voto foxista, frente a 9% del PRI. Con respecto a la ocupación, sólo entre las amas de casa obtuvo el PRI una mayor votación. Ni siquiera en el sector público prevaleció el voto tricolor (pese a los operativos ilegales de conseguir firmas y presionar a los empleados), si bien la diferencia entre el PRI y la Alianza foxista fue pequeña: 110 mil votos. Mientras que en el sector privado –impulsados por los últimos gobiernos del PRI– la diferencia fue mucho mayor: casi dos millones de votos.

También el factor edad fue fundamental en la distribución del voto. Se sabía de antemano que los jóvenes de 18 a 29 años conformaban cerca del 40% del padrón, y se conocía que sus intenciones de voto estaban alejadas del PRI. Y en efecto, eso ocurrió, aunque quizá en menor medida de lo que se asumía: casi seis millones de estos jóvenes sufragaron por Fox, frente a poco más de cuatro millones que votaron por el PRI. Dos millones de diferencia es mucho –casi la distancia entre Fox y Labastida–, pero más de cuatro millones de jóvenes que

61

³⁴ José Antonio Crespo, “Comportamiento electoral, cultura política y racionalidad en los comicios de 1994”, *Nueva Antropología*, n° 50, octubre de 1996.

³⁵ *Reforma*, 3 de Julio de 2000.

JOSÉ ANTONIO CRESPO

optaron todavía por el tricolor no es una cantidad despreciable. La incógnita que estaba en el aire antes de la elección es qué tanto participarían los jóvenes, pues se sabe que por lo general tardan bastante en politizarse plenamente y acudir a las urnas. Su tasa de participación fue del 54%, diez puntos menos que la nacional, pero no es baja considerando la tardía politización que ha caracterizado a la juventud mexicana. Y quienes tienen 55 años o más, conformaron el 9.8% del voto a Fox y el 15% del tricolor.

Finalmente, viene el análisis del voto rural, tradicionalmente proveedor de triunfos priístas en condiciones difíciles, que ahora no bastó para darle una nueva victoria. No obstante, el PRI logró una mayor proporción de votos que la oposición en las casillas rurales, como lo refleja el Cuadro 1.

Al respecto debe destacarse que la población rural pertenece al sector tradicional de la sociedad, por lo que su proporción del padrón total se va reduciendo gradualmente, y con ello perdiendo terreno el PRI. También puede observarse que una cosa es que la compra del voto todavía tenga cierto éxito, y otra muy distinta que los campesinos se sigan sintiendo mayoritariamente obligados a elegir al PRI como antaño.³⁶

62

Cuadro 1
Voto rural-urbano por partido

	Alianza por el cambio	PRI	Alianza por México	Otros	Total
Total urbano	14,188,168	9,922,936	4,688,091	837,751	29,636,946
% urbano	89%	73%	75%	87.5%	80.6%
Total rural	1,800,004	3,652,355	1,569,262	119,705	7,141,326
% rural	11%	27%	25%	12.5%	19.4%
Total	15,988,172	13,575,291	6,257,353	957,456	36,778,272
% total	43.5%	36.9%	17%	2.6%	100%

FUENTE: Instituto Federal Electoral.

³⁶ Cfr. José Antonio Crespo, “El sufragio tricolor”, *Bucareli Ocho*, n° 160, 20 de agosto de 2000.

LA ELECCIÓN DE LA ALTERNANCIA

Igualmente, el PRI registró un fuerte descenso electoral en los distritos urbanos marginados, sectores tradicionalmente inclinados a su favor. De lo cual cabe concluir que la tendencia detectada hace décadas, según la cual la modernización iría minando gradualmente las bases electorales del PRI lo que, aunado a un marco esencialmente competitivo de competencia, conduciría de manera inevitable a su derrota presidencial. Nada garantizaba que la alternancia pudiera darse de manera tersa y pacífica (como ocurrió) pero aún en caso de que el PRI se resistiera a entregar el poder, su régimen habría terminado para dar paso a otro más autoritario y represivo (una regresión autoritaria). Por fortuna las condiciones políticas, sociales, económicas e internacionales se combinaron de manera favorable para que quien podría facilitar el proceso (conjurando los esfuerzos del PRI para retener el poder a cualquier costo), el presidente de la República, así lo hiciera cuando ese momento finalmente llegó.